

// Alfonso Díaz Tovar

// Anne Huffschmid

Geografía recortada por la pandemia: lugares para explorar a futuro

La condición pandémica, como se decía hace unos párrafos, limitó el alcance geográfico de esta exploración. Una serie de espacios previstos para incluir en esta revisión –dos ubicados en México, uno en Colombia– por lo pronto se tuvieron que quedar fuera de esta edición. Van, a continuación, apenas algunos rasgos de estos lugares, en los cuales ya se habían hecho primeras indagaciones, para esbozar la geografía imaginaria que pensábamos re-construir. Invitamos a comprender la pieza recortada como un *work in progress*.

El primer sitio que no fue posible actualizar fue el predio conocido como La Gallera, en la comunidad de **Maclovio Rojas, en Tijuana, Baja California**. Un campo de exterminio donde un grupo del crimen organizado durante 3 años desintegró cientos de cuerpos en ácido y dejó a su paso dos fosas con lo que se calcula que son más de 17,000 litros de restos humanos. Este campo de exterminio, el cual fue construido expresamente para la desaparición de personas en serie, se localizó en 2011 gracias al esfuerzo de madres y padres que pertenecían a la Asociación Unidos por los Desaparecidos de Baja California, quienes durante varios años buscaron en las peligrosas colonias periféricas de esta ciudad fronteriza, para localizar estos predios y saber el paradero de sus familiares desaparecidxs. A pesar de conocer la imposibilidad científica de cotejar esos restos con el ADN de familiares y de averiguar su identidad, buscaron junto con la comunidad de vecinos, colectivos, académicos y estudiantes la forma de cambiar este sitio física

y simbólicamente, para marcarlo y reconstruirlo como un espacio de recuerdo, de sanación y de encuentro colectivo.

Contrario a este esfuerzo, el abandono y la ineficiencia del Estado convirtieron el sitio en una escena del crimen, pues tres años después se encontraron en el mismo lugar 200 kilos de restos óseos en una primera etapa, en la segunda se contabilizaron 10 mil trozos de huesos humanos. En 2018, es reconocido e inaugurado oficialmente como el Memorial de Personas Desaparecidas de Baja California por el subsecretario de Gobierno y el arzobispo del estado; no obstante, ha quedado como un espacio cerrado, sin convocatoria a otros sectores y al cual sólo se puede acceder con previa cita.

En **Guadalajara**, por ser la sede de la institución anfitriona –el centro de estudios avanzados CALAS– que albergó este proyecto, nos interesaba rastrear el muy resonado caso del tráiler remolque de refrigeración que estuvo cuatro días dando vueltas por las afueras de la ciudad con 273 cadáveres, en septiembre de 2018. Posteriormente los servicios forenses del estado confirmaron que se emplearon los remolques, porque la infraestructura existente estaba rebasada y no se tenía la capacidad para albergar tantos cuerpos en las reducidas

instalaciones del SEMEFO. Esta crisis forense no sólo mostró la situación de violencia y muerte que se vive en el estado, sino también la ineficiencia en los procesos de identificación de personas sin vida –con base en denuncias y carpetas de investigación–, así como la indolencia en el manejo de cuerpos.

Finalmente, algunos cuerpos fueron identificados y restituidos a familiares. Sin embargo, la mayoría quedaron en el Panteón Municipal de Guadalajara, en los mausoleos destinados a la zona de fosa común. En las tumbas se puede ver que algunos han sido identificados, pues está inscrito su nombre, junto con la fecha de nacimiento, la de desaparición y la de aquel día de septiembre cuando se conoció la noticia de los refrigeradores itinerantes. Trabajadores del panteón nos indicaron –de manera no oficial– una cifra de al menos 85 cuerpos que nunca podrán ser identificados, dados los malos procedimientos forenses. En varios de los cuadros del mausoleo designado para albergar estos cuerpos, observamos inscripciones que entendemos como marcas útiles para la memoria, y como tales dan cuenta de un ejercicio de resistencia: a pesar de ya no ser algo mediático, hay quienes no olvidan toda esta cadena de indiferencia, abandono e inoperancia oficial. El asunto de los tráilers y de los cuerpos ahí resguardados es una herida que

permanece abierta, pues a la fecha no se ha dado continuidad ni ha habido avances en el proceso forense ni judicial, como es recurrente en México: se construyen “verdades históricas”, se les da carpetazo a las desapariciones o simplemente se silencian, lo cual perpetua la impunidad y la injusticia.

El tercero de los escenarios que se quedó para una exploración a futuro se ubica en **Colombia**, en las afueras de la ciudad de **Medellín**, porque nos parecía importante trascender las estrechas delimitaciones nacionales y poder generar puentes de sentido entre paisajes de transición en los contextos de diferentes países, como México y Colombia. El basurero conocido como La Escombrera, que se encuentra a la vista del barrio popular Comuna 13, es uno de los lugares de memoria y exterminio más emblemáticos de Colombia, al menos en relación con los ámbitos urbanos: Fue ahí donde centenares de personas desaparecidas en el contexto de un operativo paramilitar en 2002 habrían sido sepultadas clandestinamente. Desde ese entonces La Escombrera se debate entre el reclamo por la excavación y exhumación de los cuerpos –protagonizadas por la agrupación Mujeres Caminando por la Verdad– y la necesidad de marcar lo acontecido y la presencia de los seres, aún en medio de la incertidumbre.



Nichos en cementerio de Guadalajara | noviembre de 2019 | foto: Anne Huffschmid